



EDITORIAL

Asustados, pero no desesperados,
todavía no había llegado el momento
en que la peste se les apareciese como la forma misma de su vida
y en que olvidasen la existencia que hasta su llegada habían llevado
(A. Camus, *La Peste*)

Presentamos un nuevo número de la revista *Dios y el hombre*. El contexto que nos rodea estuvo afuera de toda predicción aún en el tiempo en que la mayoría de los autores nos envió sus artículos para ser evaluados. El momento actual que atravesamos, dominado por la palabra *pandemia*, nos ha tomado por sorpresa. Por sorpresa y sin llegar a entender, parafraseando a A. Camus, que el brote de coronavirus llegaría a ser la forma de nuestras vidas.

En efecto, nosotros iniciamos la cuarentena el 20 de marzo esperando que el 31 del mismo mes todo hubiera pasado. La esperanza de que el incipiente brote de COVID-19 en el país fuera controlado y pasajero empezó a dejar lugar a una sensación de temor, como si estuviéramos acechados continuamente por un enemigo invisible que se disfraza detrás de nuestros amigos más queridos. Ya no hubo más abrazos ni saludos efusivos. Ni siquiera visitas. Casi tampoco algo tan sagrado como los velorios. Entre el estricto aislamiento social mandado exteriormente por el gobierno nacional y el miedo que interiormente hacía su trabajo, nos hemos ido acostumbrando a una vida aislada, en prevención no sólo del colapso del sistema médico, sino también de nuestros mayores, los más vulnerables frente a la enfermedad actual.

A propósito, salir a la calle se ha transformado en un riesgo, puesto que la población se encuentra acechada por el virus, y también por las restricciones al tránsito. Habría que preguntarse qué proporción de cuidado se tiene respecto del contagio y respecto del secuestro del vehículo. La falta de convicción de



parte de la población respecto del aislamiento –como el exacerbamiento violento de la misma que se da en otra parte de la población– nos muestra, al mismo tiempo, un cierto fracaso de la comunicación paternalista del Gobierno nacional y un nuevo modo de vivir, signado tanto por la pandemia cuanto por las limitaciones a la circulación, como si no estuvieran conectadas entre sí.

La difusión del virus ha tenido caminos insospechados muchas veces, sospechosos otras. Esto ha dado pie a las más diversas teorías conspirativas, de cuya raíz no cabe hablar. Además, la religión ha tenido también sus derroteros en estos tiempos. La participación de los fieles en nuestras celebraciones litúrgicas ha sido suspendida, a pesar de que fue presentado un protocolo por parte de la Conferencia Episcopal Argentina al Gobierno nacional. Sin embargo, vemos cómo tantas personas se han volcado a las iglesias, presencialmente o por teléfono, en busca de un oído delante de la soledad y la angustia que van creciendo en esta cuarentena, o requiriendo de la ayuda de Cáritas por el desgaste de la situación social. Por otra parte, la superstición (aún basada en el Evangelio) ha estado a la orden del día, calculando el fin de la pandemia como si fuera algo crípticamente expresado en algún versículo escondido en las Sagradas Escrituras o también en profecías ajenas a ellas.

Todos estos temas son opinables y, como tales, apenas hemos tratado de esbozar distintas ideas que no reflejan necesariamente la posición de los miembros de esta revista. Lo que sí nos interesa señalar es una consideración hecha por el Papa Francisco en la homilía de la misa cotidiana del 17 de abril de este año. Sus palabras señalan un punto importante en el desarrollo de la vida cristiana en esta circunstancia:

Esta familiaridad de los cristianos con el Señor es siempre comunitaria. Sí, es íntima, es personal pero *en comunidad*. Una familiaridad sin comunidad, una familiaridad sin el Pan, una familiaridad sin la Iglesia, sin el pueblo, sin los sacramentos es peligrosa. Puede convertirse en una familiaridad —digamos— gnóstica, una familiaridad sólo para mí, separada del pueblo de Dios (Francisco, 2020).

Evidentemente, el Santo Padre nos está indicando un riesgo: así como nos hemos acostumbrado a vivir con ciertas normativas que nos rigen la vida, sea para observarlas o para rechazarlas, así como nos hemos acostumbrado a



vivir con la presencia del virus, sea que lo tengamos lejos o sea que se nos vuelva cercano (preguntemos si no al personal de los hospitales y clínicas, cuyo trabajo debemos agradecer), así podemos acostumbrarnos a vivir una relación con Dios sólo “en casa”. No ver la dimensión circunstancial y pasajera de estas medidas de restricción de participación en celebraciones litúrgicas y empezar a pensar, creer y vivir como si la religiosidad se pudiera vivir aisladamente, eso es un riesgo que puede llegar a herir a las comunidades cristianas. Es por eso que urge recordar que no es lo mismo ver la Misa por televisión que participar de ella, que no es lo mismo confesarse o no confesarse, que no es lo mismo recibir la unción de los enfermos que no recibirla. No es lo mismo.

Nuestro vínculo con el Señor quedó sellado para siempre en la última Cena. Allí el Señor celebró la primera Misa con los apóstoles y les dio el mandato de continuar celebrando su Sacrificio. Indudable consecuencia es la vida de amor que surge de este sacramento necesariamente, puesto que allí se hace presente el amor del Señor que lo llevó a entregar su vida por nosotros. Sin Eucaristía nos veremos muy limitados para vivir la vida cristiana, para seguir los pasos de Cristo en lo concreto de cada día. Por eso, tenemos que recordar, desear, ansiar, volver a la celebración de la santa Misa cuando se den las condiciones propicias, puesto que sin la celebración comunitaria y objetiva será imposible hacer carne subjetivamente el amor del Señor.

La Iglesia es nuestra casa, que se hace concreta y material en cada uno de nuestros templos. No nos olvidemos de que somos miembros vivos de la Iglesia, de que somos piedras vivas del Templo. Si, una vez superada la pandemia, no desterramos la costumbre que se puede ir haciendo de vivir la fe al margen del culto, nuestra espiritualidad se volverá, al decir del Papa, *peligrosa*. Peligrosa porque será sin Jesús, cuya máxima presencia está en el Altar.

En el presente número tenemos diversas contribuciones. En la primera sección (*Ensayos y Artículos científicos*) encontramos, en primer lugar, un profundo estudio sobre *Hoja de Niggle* de J. R. R. Tolkien de Cristián Expósito. A continuación, Adriana Rogliano nos ilustra acerca de distintas visiones sobre Leonardo como filósofo, un aspecto no tan desarrollado del célebre pintor. Eduardo Pérez Pueyo nos ofrece, a renglón seguido, una reflexión sobre la

amistad a partir de la filosofía de J. de Finance. Por último, María Ayelén Díaz Lapérgola señala aspectos de la libertad del docente católico en el contexto de la escuela de nuestro tiempo.

La segunda sección (*Artículos de divulgación*) es ocupada por un ensayo de Julián Lanusse respecto de la *mímesis* en textos de Platón y Aristóteles, así como un acercamiento según J. Maritain.

La tercera sección (*Reflexiones, Reseñas y Comentarios*) se abre con una recensión (vastamente ampliada) de un libro del Prof. León Florido sobre Duns Escoto, de la mano de Ceferino Muñoz y Emiliano Javier Cuccia. Luego, Jorge de Juan Fernández indaga el significado del nombre de Dios, YHWH. A continuación, Javier Emiliano Barragán, con un enfoque particular, estudia la técnica comunicacional de Jesús. Ceferino Muñoz ofrece, después, ciertas características del libro de J. Senior *La restauración de la cultura cristiana* con motivo de la aparición de la traducción española. Lucas Andrés Torres Lombardo reflexiona, luego, sobre la relación entre la familia y la comunidad educativa. Por último, Pablo Nazareno Pastrone nos ilustra sobre una parte de la historia de nuestro Seminario respecto de las "Academias", que fueron un medio pedagógico excepcional en sus inicios.

Como siempre, nuestro agradecimiento va desde ya a la Coordinación de revistas de la UNLP y, especialmente, a todos los lectores. Deseamos a todos una buena lectura. Gracias por acompañarnos en *Dios y el hombre*.

Diego José Bacigalupe

Editor responsable

Seminario San José, La Plata, Argentina

Fuente citada

Francisco. (17 de Abril de 2020). *Homilía del Santo Padre Francisco*. Recuperado el 24 de Junio de 2020, de http://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2020/documents/pa-pa-francesco-cotidie_20200417_lafamiliarita-conil-signore.html